

recobrar y defender su libertad, merece que un hombre sabio le enseñe á conservarla. Tengo el presentimiento de que algún día esta pequeña isla ha de asombrar á Europa.»

Criado en el centro de Córcega, Napoleón fue educado en esa escuela primaria de las revoluciones; él no presentó al principio ni la tranquilidad ni las pasiones fuertes de la primera edad, sino un espíritu ya impregnado de las pasiones políticas. Esto cambia la idea que se ha formado de Napoleón.

Cuando un hombre ha llegado á hacerse célebre, siempre se le buscan antecedentes notables; los niños predestinados, según los biógrafos, son impetuosos, enredadores, indomables; lo aprenden todo con una facilidad suma, ó no aprenden nada; otras veces son niños melancólicos que no toman parte en los juegos de sus compañeros, que se aíslan, y que se ven ya abrumados bajo el peso de su fama futura. Un entusiasta de Napoleón ha desenterrado las cartas (muy vulgares por cierto) de Napoleón á su familia, y reproduce sus pueriles necedades; vanos son los pronósticos que se hacen sobre nuestro porvenir: todos somos hijos de las circunstancias: que un niño sea alegre ó melancólico, callado ó parlanchín, que presente ó que no presente aptitud para el trabajo, no por eso se puede profetizar de él. Fijáos en un estudiante de diez y seis años; por inteligente que le halles, aquel hijo pródigo será tal vez un imbécil. El niño carece de la mejor de sus gracias, de la sonrisa: él ríe, pero no sonríe.

Napoleón era, pues, un muchacho ni más ni menos que los demás. «Yo no era, dice él mismo, mas que un niño terco y curioso.» Gustaba mucho de los renunculos, y comía cerezas con Mlle. Colombier. Cuando dejó la casa paterna no sabía más que el italiano; su ignorancia del idioma de Turena era casi completa. Como el mariscal de Sajonia, alemán, Bonaparte, italiano, no escribía una sola palabra con ortografía: Enrique IV, Luis XIV y el mariscal Richelieu, menos excusables aun, no eran más correctos que él en este punto. Sin duda para ocultar la negligencia de su educación Bonaparte escribía de una manera indescifrable. Habiendo salido de Córcega á la edad de nueve años, no volvió á su isla hasta ocho años después. En la escuela de Brienne nada presentó de extraordinario, ni en su estudio ni en su exterior. Sus compañeros de colegio se chanceaban con él sobre su nombre y sobre su país, y él decía á su camarada de Bourienne:—«Haré á los franceses to lo el daño que pueda.» En un estado presentado al rey en 1784, Mr. de Kevalio dice que el joven Bonaparte sería un marino excelente: la frase es un tanto sospechosa, porque este estado no se halló sino después que Napoleón revistaba la flotilla de Bolonia.

Bonaparte salió de Brienne el 14 de octubre de 1784, y pasó á la escuela militar de París. La lista civil pagaba su pensión, y él se avergonzaba de ser un colegial de plaza. Esta pensión le fue después conservada, como consta por un recibo hallado en el legajo de monsieur Fesch, que pasó á manos de Livri:

«Yo, el abajo firmado, reconozco haber recibido de Mr. Biercourt la cantidad de doscientas libras, procedentes de la pensión que el rey me ha concedido sobre los fondos de la escuela militar en calidad de antiguo cadete de la escuela de París.»

Mlle. Fermont-Connene (Mad. de Abrantes), residente primero en Montpellier en casa de su madre, después en Tolosa, y luego en París, no perdía de vista á su compatriota Bonaparte: «Cuando paso ahora por el muelle de Conti, dice esta, no puedo menos de alzar la vista hacia la buhardilla que está en el ángulo izquierdo de la casa en el piso tercero: allí era donde habitaba Napoleón siempre que venía á ver á mi familia.»

Bonaparte no era muy apreciado en el nuevo Prytáneo: (1) negligente y gruñon, no se hacía querer de sus maestros; todo le parecía mal. Dirigió una memoria al subdirector sobre los vicios de la educación que se daba en aquella escuela: «¿No valdría más, dice, enseñarlos (á los discípulos) á que no necesitaran de nadie? Excepto las cosas de cocina, deberían hacerse por sí todo lo demás; deberían acostumbrarse á comer pan de munición, ó uno que se le asemejase, á sacudir y cepillar su ropa, á limpiarse los zapatos ó las botas.» Esto lo puso como ordenanzas algún tiempo después en Fontainebleau y en Saint-Germain.

El descontentadizo alumno libró por fin á la escuela de su presencia, y fue nombrado teniente de artillería en el regimiento de La Fere.

La carrera literaria de Napoleón se halla comprendida entre los años 1784 y 1793, corta en cuanto al tiempo y larga por sus trabajos. Errante con los cuerpos de artillería de que formaba parte, por la Aousonia, por Dole, Seuvres y Lyon, Bonaparte no perdía de vista los sitios en que había disensiones, como el ave engañada por los cristales que le representan el agua, ó atraída por el reclamo. Atento á las cuestiones académicas respondía á ellas; dirigíase con desenfado á las personas notables por su posición, que no conocía; pretendía igualarse con todas ellas antes de llegar á mandarlas.

Tan pronto hablaba bajo un nombre supuesto, como firmaba con el suyo, que seguramente no hacía traición al anónimo. Escribía al abate Rainald, á Mr. Necker; enviaba á los ministros memorias sobre la organización de Córcega, sobre los proyectos de defensa de Saint-Florent, de La-Mortella, del golfo de Ajaccio; sobre el modo de disponer las piezas para arrojar bombas. No se le hacía más caso que á Mirabeau cuando redactaba en Berlín los proyectos relativos á Prusia y Holanda. Estudiaba la geografía, y se ha notado que cuando habla de Santa Elena la señala únicamente con estas dos palabras: *pequeña isla*. Ocupábase de la China, de la India, de la Arabia: estudiaba los historiadores, los filósofos, los economistas, Herodoto, Strabon, Diodoro de Sicilia; Filangieri, Mably, Smith; impugnaba las opiniones sobre el origen y fundamento de la igualdad del hombre, y decía:—«Yo no creo en ella, no creo nada de eso.» Luciano Bonaparte refiere que él sacó dos copias de una historia redactada por Napoleón. El manuscrito de esta le he hallado en parte en el legajo del cardenal Fesch: los datos nada tienen de notables: el estilo es vulgar, y el episodio de Vanina se ve reproducido en ella sin venir á cuento. El dicho de Sampietro á los grandes señores de la corte de Enrique II, después del asesinato de Vanina, vale más que toda la narración de Bonaparte:—«¿Qué importa al rey de Francia las disensiones de Sampietro con su esposa?»

Bonaparte no tenía al principio de su carrera el menor presentimiento de su porvenir: tenía únicamente su vista fija en la escala, en la que desde un escalón solo veía el otro; pero si no deseaba subir, tampoco quería atrasar: puesto una vez el pié en un sitio, no había poder humano que lo apartase de él para retroceder. En el legajo de Fesch se encuentran tres cuadernos manuscritos que tratan de la Sorbona y de las libertades galicanas: vense en ellos correspondencias con Paoli, Salicetti, y sobre todo con el P. Dupuy de los mínimos, subdirector de la escuela de Brienne: hombre sensato y religioso, que daba

(1) Así se llamaba una gran plaza de Atenas en el centro de la ciudad. Hallábase rodeada de edificios de utilidad pública, y en ella ejercían sus funciones los magistrados llamados prytáneos. En esta plaza se daban también comidas públicas á los ciudadanos que, por sus méritos, mantenían el Estado. Sin duda el autor hace esta alusión á Bonaparte que tenía plaza de gracia.

(N. del F.)

excelentes consejos á su joven discípulo, y que llama á Napoleón su querido amigo.

Bonaparte unía á estos estudios ingratos, algunas páginas de imaginación, y habla de las mujeres: escribe *El Máscara profeta*, la *Novela Corsa* y una novela inglesa, *El conde de Essex*; vense allí diálogos sobre el amor, que trata siempre con mucho desprecio, y sin embargo, escribe un borrador de una carta apasionadísima, dirigida á una amante desconocida: hace poco caso de la gloria, y pone siempre en primer término el amor á la patria: es de notar que esta patria era Córcega.

Todo el mundo ha podido ver en Génova un pedido hecho á un librero: el novelesco teniente pedía *Las Memorias de Mad. de Warens*. Napoleón fue también poeta como César y Federico: daba la preferencia á Ariosto sobre Tasso, porque veía en él los retratos de sus capitanes futuros, y un caballo enjaezado para su viaje á los astros. Atribúyese á Bonaparte el siguiente madrigal, dedicado á Mad. Saint-Huberty en el papel de Dido: el pensamiento podrá ser del emperador, pero la forma es de una mano más diestra que la suya:

Romains qui vous vantez d'une illustre origine,  
Voyez d'où dependait votre empire naissant!  
Didon n'a pas d'attrait, assez puissant  
Pour retarder la fuite ou son amant s'obstine.  
Mais si l'autre Didon, ornement de ces lieux  
Eut été reine de Cartage  
Il eut pour la servir, abandonné ses dieux:  
Et votre beau pays, serait encor sauvage.

«¡Romanos que os vanagloriais de un origen illustre; ved de lo que dependió vuestro imperio naciente! Dido no tuvo bastante poder con su belleza para detener la fuga de su obstinado amante. Pero si la otra Dido, ornamento de este sitio, hubiera sido reina de Cartago, hubiera él, por complacerla, abandonado á sus dioses, y vuestro hermoso país sería aun un país salvaje.»

Por este tiempo Bonaparte da motivo á creer que había intentado suicidarse. Una infinidad de barbitampos se ven asediados de este mismo pensamiento, que creen ser la prueba de su superioridad. Entre los papeles de Mr. Livri se halla esta nota manuscrita: «Siempre solo en medio de los hombres, entro dentro de mí mismo para soñar y para entregarme á toda la fuerza de mi melancolía. ¿Hacia qué lado se dirige hoy? Hacia el lado de la muerte... Si tuviese sesenta años, respetaría las preocupaciones de mis contemporáneos, y esperaría pacientemente á que la naturaleza hubiese terminado su carrera; pero puesto que empiezo á experimentar desgracias; puesto que en nada hallo placer, ¿por qué he de prolongar una vida en que nada me sonríe?»

Estos son los obligados de todas las novelas. El pensamiento y los giros de las ideas se hallan en Rousseau, cuyo texto había alterado Napoleón con algunas frases de su estilo.

Veamos ahora un ensayo de otro género (1) que trascibo al pié de la letra: la educación y la sangre no deben hacer á los príncipes demasiado orgullosos para dar audiencia: acuérdome cuando con tanto afán hacían antesalas á un hombre que les despedía á su antojo del palacio de los reyes.

El estilo del joven Napoleón es declamatorio; no hay en él nada digno de notarse, sino la actividad de un vigoroso gastador que desembaraça el camino. La inspección de estos trabajos precoces trae á mi memoria mis desordenados manuscritos juveniles; mis *Ensayos históricos*, mi borrador de los *Natchez*, que

(1) Refiérese el autor á un pasaje escrito por el joven Bonaparte, de cuyos barbarismos y faltas de ortografía no es bñepos dar una idea en nuestro idioma.

tenía cuatro mil páginas en folio cosidas con bramante; pero yo no ensuciaba las márgenes con *casitas*, con *dibujos de niños*, con *mamarrachos de estudiante*, como se ve en los borradores de Bonaparte: entre mis juguetes de niño no me rodeaba una esfera de piedra, que pudiera haber sido el modelo de una bala de estudio.

En todo esto se descubre un prólogo á la vida de Napoleón; un Bonaparte desconocido precede al formidable Napoleón; el pensamiento de Bonaparte pesaba sobre el mundo antes que su persona; este pensamiento agitaba sordamente la tierra: en 1789, en el momento en que aparecía Bonaparte, experimentábase una cosa terrible, una inquietud de que nadie podía darse cuenta. Cuando el mundo se halla amenazado de una gran catástrofe, se anuncia esta por conmociones latentes; se tiene como miedo; oýense ruidos extraños durante la noche, permaneciendo largo rato con los ojos fijos en el cielo, sin comprender lo que siente ni lo que va á suceder.

PAOLI.

Había sido llamado Paoli de Inglaterra á petición de Mirabeau el año de 1789. Fue presentado á Luis XVI por el marqués de Lafayette, nombrado teniente general y comandante militar de Córcega. ¿Siguió Bonaparte al desterrado que lo había protegido, y con el que se hallaba en correspondencia? Así se cree. No tardó mucho en desavenirse con Paoli: los crímenes de nuestras primeras turbulencias desagradaron al antiguo general, quien entregó Córcega á los ingleses por librarse de la Convención. Bonaparte se había hecho miembro de un club de jacobinos en Ajaccio: establecióse otro club en sentido opuesto, y Bonaparte tuvo que huir. Mad. Letizia y sus hijas se refugiaron en la colonia griega de Carghese, desde donde pasaron á Marsella. José se casó en esta ciudad el 1.º de agosto de 1794 con Mlle Clary, hija de un rico negociante. En 1792 el ministro de la Guerra, el ignorado Lajar, destituyó por algún tiempo á Napoleón de su empleo por no haber asistido á una revista.

En este mismo año de 1792 vuélvese á ver á Napoleón en París en compañía de Burienne. Falto de recursos, se dedicó á la industria, trataba de alquilar unas casas que se estaban construyendo en la calle de Montholon, con el designio de subarrendarlas después. Entre tanto la revolución seguía su curso, y llegó el 20 de junio: saliendo aquel día Bonaparte acompañado de Burienne de una fonda de la calle de Saint-Honoré, cerca del Palais-Royal, vió venir cinco ó seis mil andrajosos que daban gritos y marchaban contra las Tullerías, al verlos pasar dijo á Burienne:—«Sigamos á esos desharapados,» y fue á colocarse sobre el terraplen á la orilla del agua. Cuando el rey, cuyo palacio fue asaltado, apareció en una de las ventanas, adornado con el gorro encarnado, Bonaparte exclamó lleno de indignación:—«¿Qué es...! ¿Cómo han dejado entrar á esa canalla? Debieran haber barrido con un cañon cuatrocientos ó quinientos, y los demás hubieran huido.»

El 20 de junio de 1792 me hallaba yo bien cerca de Bonaparte: ya he dicho anteriormente que me estaba paseando en Montmorency, mientras que la Barrere y Maret buscaban conmigo la soledad, aunque por distintos motivos. ¿Fue por este tiempo cuando Bonaparte se vió obligado á vender y negociar los pequeños créditos, llamados *Corcet*? Después de la muerte de un almacenista de vinos de la calle de Saint-Avoye, en un inventario hecho por Deunay, escribano, y Chariot, tasador perito, Bonaparte figura en la citación para una deuda de alquileres, que ascendía á veinte francos, y que no pudo pagar: esta miseria aumenta su esplendor. Napoleón ha dicho en Santa Elena: «Al ruido del asalto de las Tullerías en el 4

de agosto, corrió al Carrousel, á casa de Fauvelet, hermano de Burienne, que tenía en aquel punto un magnífico almacén de muebles. El hermano de Burienne tenía una especulación, que él llamaba *almoheda nacional*. Bonaparte empeñó allí su reloj; ejemplo perjudicial. ¿Cuántos pobres estudiantes se crearon Napoleones por haber hecho lo mismo!

## LAS DOS SÁTIRAS.

Bonaparte volvió al Mediodía de la Francia el día 2 de enero del año 11, y llegó allí antes del sitio de Tolon. Ocupábase en escribir dos sátiras: la primera es una carta dirigida á Mateo Buttafuoco; trátale de un modo indigno, y acusa al mismo tiempo á Paoli como de un crimen de haber entregado el poder en manos del pueblo: «¡Aberración singular, exclama, que somete un hombre brutal á un mercenario, al que por su educación, por su rango, por su fortuna, ha sido formado expresamente para gobernar!»

Aunque revolucionario, Bonaparte se muestra siempre enemigo declarado del pueblo; sin embargo, fue cumplimentado por Masseria, presidente del club patriótico de Ajaccio.

El 29 de julio de 1793 hizo imprimir otra sátira titulada *La Cena de Beaucaire*. Burienne reproduce un manuscrito de ella, revisado por Napoleón, pero compendiado y puesto más en armonía con las opiniones del emperador en el momento en que corrigió su obra. Este se reduce á un diálogo entre un marsellés, un vecino de Nimes y un fabricante de Montpellier. Trátase de la cuestión del momento: del ataque de Aviñon por el ejército de Carteaux, en el que Napoleón había figurado como oficial de artillería. Dice al marsellés que su partido sería derrotado, porque había dejado de seguir á la revolución. El marsellés responde al militar; esto es, á Bonaparte: «Aun se acuerda todo el mundo del monstruo, que era sin embargo uno de los principales del club: hizo asesinar á un ciudadano, saqueó su casa y violó á su mujer después de haberla hecho beber un vaso de la sangre de su esposo. — ¡Qué horror! esclama el militar: ¿pero será verdad? Mucho me temo que no, pues bien sabéis que hoy día no se cree en la violación.» Ligereza del último siglo que fructificaba en el helado temperamento de Bonaparte. Esta acusación de haber bebido y de haber hecho beber sangre ha sido reproducida muchas veces. Cuando el duque de Montmorency fue decapitado en Tolosa, los militares bebieron de su sangre para que se les comunicase la virtud de un corazón grande.

## DESPACHO DE CAPITAN.

Llegamos ya al sitio de Tolon. Aquí empieza la carrera militar de Bonaparte. El legajo del cardenal Fesch nos suministra un documento muy singular, relativo al grado que ocupaba entonces Napoleón en artillería. Consiste este documento en un despacho de capitán de artillería concedido á Bonaparte por Luis XVI en 30 de agosto de 1792, veinte días después de su destonamiento, que fue el día 10. El rey había sido encerrado en el Temple el 13, dos días después del asesinato de los suizos. En este despacho se dice que el nombramiento del 30 de agosto de 1792 se considerará como expedido el 16 de febrero pasado.

Los desgraciados son muchas veces profetas; pero esta vez la prevision del mártir no entraba por nada en la futura gloria de Napoleón. Existen aun en las oficinas del ministerio de la guerra despachos en blanco firmados por Luis XVI, y que no les falta otra cosa que llenar los huecos, y uno de estos será el que hemos citado. Luis XVI, encerrado en el Temple en la víspera de su proceso, rodeado de su familia cauti-

va, tenía otras cosas de más entidad en que ocuparse que de los adelantos de un desconocido.

La época del despacho se fija por la firma del ministro; esta firma era Servan. Servan, nombrado ministro de la guerra el 8 de mayo de 1792, fue destituido el 13 de junio del mismo año; Dumouriez obtuvo la cartera hasta el 18; Lajard ocupó á su vez este ministerio hasta el 23 de julio; Dabancourt sucedió á este, y estuvo en su empleo hasta el 10 de agosto, día en que la Asamblea nacional volvió á llamar á Servan, quien presentó su dimisión el 3 de octubre. En aquella época eran tan difíciles de contar nuestros ministerios como lo fueron después nuestras victorias.

El despacho de Napoleón no puede ser dado por el primer ministerio Servan, puesto que el documento tiene la fecha del 30 de agosto de 1792; debe ser de su segundo llamamiento al ministerio; sin embargo, existe una carta de Lajard del 12 de julio dirigida al capitán de artillería Bonaparte. Explique esto quien lo entienda. ¿Alcanzó Bonaparte este despacho sobornando á algún escribiente, por el desorden en que entonces se hallaba todo, ó por la fraternidad revolucionaria? ¿Qué protector se interesaba en los adelantos de aquel corso? Dios. La Francia, bajo la divina impulsión, extendió por sí misma este documento al primer capitán del mundo; este documento se hizo legal sin la firma de Luis, que entregó su cabeza á condición de que sería reemplazada por la de Bonaparte; arreglos de la Providencia ante los cuales no podemos hacer otra cosa que levantar las manos al cielo.

## TOLON.

Habia Tolon reconocido á Luis XVII y abierto su puerto á las flotas inglesas. Carteaux por un lado y el general Lapoye por otro, requeridos por los representantes Freron, Barras, Ricord y Salicetti, se acercaron á Tolon. Bonaparte, que acababa de servir á las órdenes de Carteaux en Aviñon, llamado al consejo de guerra, sostuvo que era preciso apoderarse del fuerte de *Burgrave*, construido por los ingleses sobre la altura del *Caire*, y colocar baterías sobre los dos promontorios, la *Eguillette* y *Balaguiet*, que, fogueando la grande y la pequeña rada, obligaran á los enemigos á abandonarlo. Todo sucedió como había previsto Napoleón: ya entonces principia á entrever su porvenir.

Mad. Burienne ha insertado algunas notas en las memorias de su marido: una de ellas presenta á Bonaparte delante de Tolon.

«Advertí, dice, en esta época (1795, en París) que su carácter era frío y muchas veces sombrío; que su sonrisa era falsa y aun estemporánea; y á propósito de esta observación, me acuerdo que en esta misma época, pocos días después de nuestra vuelta, tuvo uno de esos momentos de hilaridad feroz, que me hizo daño y que me empezó á disgustar de él. Nos refirió con mucha gracia que hallándose delante de Tolon, donde mandaba la artillería, un oficial de su arma, que se hallaba bajo sus órdenes, fue visitado por su esposa, que lo era hacia muy poco tiempo, y á la que amaba en extremo. Pocos días después Bonaparte recibió una orden para atacar de nuevo la ciudad, y el oficial tuvo que ocupar su puesto. Su esposa se presentó á Bonaparte pidiéndole con las lágrimas en los ojos que le dispensase por aquel día del servicio. El general fue insensible, como nos dijo él mismo con una gracia encantadora y feroz. Llegó el momento del ataque, y este oficial, que siempre había mostrado un valor extraordinario, según decía el mismo Bonaparte, tuvo el presentimiento de su último fin; se puso pálido y tembló; fue colocado al lado del general, y en un momento en que el fuego de la ciudad se hizo muy vivo, le dijo Bonaparte: — ¡Cuidado, hé hai

una bomba que viene sobre nosotros! El oficial, añadió, en lugar de prevenirse, se encorvó, y fue separado en dos mitades. Y Bonaparte daba estrepitosas carcajadas al citalnos aquella espantosa escena.»

Tomada Tolon, se alzaron los patibulos: reuniéronse ochocientas víctimas en el campo de Marte, que fueron metralladas. Los encargados de aquella ejecución se adelantaron gritando: — ¡Levántense los que no hayan muerto; la república les perdona la vida; y los heridos que se levantaron fueron muertos también. Esta escena era tan interesante, que se reprodujo en Lyon después del sitio.

Que dis-je? aux premiers coups du foudroyant orage  
 Quelque coupable encor peut-etre est échappé:  
 Annonce le pardon, et, par l'espoir trompé,  
 Si quelque malheureux en tremblant se relève,  
 Que la foudre redouble et que le fer achève.

(L. ABBE DELILLE.)

«¿Qué digo? Tal vez algún culpable ha escapado á los primeros golpes de aquella destructora tempestad: si engañado por la voz del perdón algun desgraciado se levanta temblando, el fuego redobla ó el hierro acaba su vida.»

(EL ABATE DELILLE.)

¿Mandaba Bonaparte en persona aquella ejecución, en calidad de jefe de artillería? Seguramente la humanidad no le hubiera detenido, aunque no era cruel por inclinación.

Se ha encontrado la carta siguiente, dirigida á los comisarios de la Convención: «Ciudadanos representantes: desde el campo de la gloria, marchando sobre la sangre de los traidores, os participo con placer que vuestras órdenes se hallan cumplidas, y que la Francia se halla vengada; no se ha atendido ni á la edad ni al sexo. Los que solo fueron heridos por el cañón republicano, concluyeron su existencia bajo la espada de la libertad y bajo la bayoneta de la igualdad. — BRUTO BONAPARTE, ciudadano *sans-culotte*.»

Esta carta se publicó por la vez primera, según creo, en *La Semana*, periódico que dirigía Maltebrun. La vizcondesa de Tors (pseudónimo) la publica en sus *Memorias sobre la revolución francesa*; dice además que esta carta fue escrita sobre la caja de un tambor; Fabry la reproduce en el artículo *Bonaparte*, en la *Biografía de los hombres vivos*; Royon, en su *Historia de Francia*, dice que no se sabe de qué boca salía el grito destructor; Fabry, á quien ya hemos citado, refiere en los *Misioneros de 93*, que unos atribuyen este grito á Freron y otros á Bonaparte. Las ejecuciones del Campo de Marte de Tolon se hallan detalladas en una carta de Freron dirigida á Moisés Bayle, de la Convención, y en las comunicaciones de Mottedo y Barras al comité de salvación pública.

¿A quién, pues, se debe definitivamente el primer boletín de las victorias de Napoleón? ¿Será al mismo Napoleón ó á su hermano? Luciano, abjurando de sus errores, confiesa en sus *Memorias* que fue al principio acérrimo partidario de la república. Colocado al frente del comité revolucionario de Saint-Maximin, en Provenza: «Nosotros, dice, no vamos en zaga en palabras y mensajes á los jacobinos de París. Como era moda en aquella época el tomar nombres de la antigüedad, un ex-monge tomó, á lo que creo, el de Epaminondas, y yo el de Bruto. En un folleto se ha dicho que este nombre era el que había tomado Napoleón, siendo el mio. Napoleón creía elevar por sí solo su nombre á mayor altura que los de la antigua historia, y aun que hubiese querido seguir la moda, seguramente no hubiera elegido el de Bruto.»

Demuestra mucho valor por cierto esta confesión. Bonaparte, en el *Memorial de Santa Elena*, guarda un profundo silencio sobre esta parte de su vida. Este

silencio, según la señora duquesa de Abrantes, se explica por lo escabroso de su posición. «Bonaparte se había puesto más en evidencia que Luciano, y aunque después ha procurado en muchas ocasiones colocar á Luciano en lugar suyo, no podía entonces haber equivocación. Sin duda diría: — El *Memorial de Santa Elena* será leído por más de cien mil personas, entre las que apenas habrá mil que tengan noticias de los hechos que no me favorecen. Estas mil personas conservarán la memoria de estos hechos de una manera que me inquietará muy poco; de modo que el *Memorial* será irrefutable.»

De todo esto resulta que estamos en duda sobre la carta que Luciano ó que Napoleón ha firmado. Pero ¿cómo Luciano, no siendo representante de la Convención, se ha abrogado el derecho de dar cuenta de aquellos asesinatos? ¿Era por ventura diputado de Saint-Maximin para asistir á aquella carnicería? Entonces, ¿cómo se ha atrevido á hacer caer sobre sí la responsabilidad de un proceso verbal, cuando había alguna persona *mas importante* que él á los ojos del anfiteatro y de los testigos de la ejecución llevada á cabo por su hermano? Trabajo costaría el dirigir la vista á un punto tan bajo después de haberlo dirigido á otro tan elevado.

Pero admitamos que Luciano, presidente del comité de Saint-Maximin, sea el historiador de las hazañas de Napoleón: siempre resultará que uno de los primeros canonazos de Bonaparte fue dirigido contra los franceses; que fue segunda vez llamado á verter su sangre el 13 vendimiario, y que enrojó nuevamente sus manos á la muerte del duque de Enghien. De modo que las primeras víctimas de la Francia levantaron á Napoleón; la segunda hecatombe le elevó al rango que le hizo dueño de Italia, y la tercera le facilitó la entrada en el imperio.

Napoleón se engrandecía con nuestra carne; quebrantó nuestros huesos, y se alimentó con la médula de los leones. Es una cosa triste, pero que no puede desconocerse, á menos que no se cierren los ojos ante los misterios de la naturaleza humana y el carácter de los tiempos, que una parte del poder de Napoleón dependía de haberse ensangrentado durante el terror. La revolución sirve con gusto á los que han intervenido en sus crímenes; un origen inocente es un obstáculo para su protección.

Robespierre el joven había cobrado mucho cariño á Napoleón, y deseaba darle el mando de París en lugar de Henriot. La familia de Napoleón se había establecido en la casa de campo de Sallí, cerca de Antibes. «Había ido yo allí, dice Luciano, á pasar algunos días con mi familia y con mi hermano. Estábamos todos reunidos, y el general nos acompañaba todo el tiempo de que podía disponer. Entró un día mas preocupado que de costumbre, y paseándose entre José y yo, nos anunció que de él únicamente dependía el marchar á París desde el día siguiente y ponerse en posición de podernos colocar ventajosamente. Por mi parte me agradaba infinito esta noticia: llegar por fin á la capital se me figuraba una felicidad que nada podía compensar. — Me ofrecen, nos dijo Napoleón, la plaza de Henriot, y debo dar esta noche la respuesta, ¿que os parece? Quedamos en silencio un momento, y el general continuó: — ¡Oh, la cosa vale la pena de que se piense en ella! Es menester no hacerse ilusiones; no es tan fácil salvar la cabeza en París como en Saint-Maximin. — Robespierre el joven es un hombre honrado; pero su hermano no aguanta chanzas, y es preciso tratar de servirle. — ¡Yo sostener á ese hombre! ¡Nunca! Bien conozco lo útil que le sería reemplazando á su imbecil comandante de París; pero eso es precisamente lo que yo no quiero. Aun no es tiempo. Hoy día no hay lugar honroso para mí sino en el ejército. Tened un poco de paciencia, y mas tarde mandaré en París.» Tales fueron las palabras de Napoleón. En

seguida nos dió á conocer su indignacion contra el régimen del terror, anunciándonos su próxima caída, y concluyó repitiendo muchas veces, con un acento medio sombrío y medio risueño:—¿Qué iría yo á hacer en aquel presidio?

Después del sitio de Tolon, Bonaparte se halló en los movimientos militares de nuestro ejército de los Alpes. Recibió orden de marchar á Génova, y se le enviaron instrucciones secretas para que se informase del estado de la fortaleza de Savona, y para que recogiese datos sobre las intenciones del gobierno genovés, relativamente á la coalicion. Estas instrucciones, fechadas en Loacio el 25 mesidor, año II de la república, están firmadas por Ricord.

Bonaparte cumplió su mision. Llegó el 9 termidor, y los diputados terroristas fueron reemplazados por Albitte, Salicetti y Laporte. Estos declararon entonces, á nombre del pueblo francés, que el general Bonaparte, comandante de la artillería del ejército de Italia, habia perdido enteramente su confianza por su conducta sospechosa y por el viaje que habia últimamente hecho á Génova.

Una orden de arresto dada en Barcelonette el 9 termidor, año II de la república francesa, una, indivisible y democrática, dice: «Que el general Bonaparte será arrestado y llevado ante el comité de salvacion pública de París, con una buena y segura escolta.» Salicetti examinó los papeles de Bonaparte, respondiendo á los que se interesaban por el detenido que era menester obrar con energía y con arreglo á una acusacion de espionaje recibida de Niza y de Córcega. Esta acusacion era el resultado de las instrucciones secretas dadas por Ricord; fue muy fácil dar á entender que Napoleon habia servido á los extranjeros en vez de servir á la Francia. El emperador abusó mucho de las acusaciones de espionaje, y debiera haber recordado los peligros á que le expusieron estas acusaciones.

Napoleon, defendiéndose, decia á los representantes:—«Salicetti, tú me conoces... Albitte, tú no me conoces, pero si debes conocer muy bien los ardidés de la calumnia. Escuchad; volvedme al aprecio de los patriotas, y una hora después, si los hombres perversos quieren mi vida... ¡la tengo en tan poco! ¡La he despreciado en tantas ocasiones!»

Dióse una sentencia absolutoria. Entre los documentos que en aquellos años sirvieron para atestiguar la buena conducta de Napoleon se halla un certificado de Pozzo di Borgo. Bonaparte fue puesto provisionalmente en libertad; pero en este intervalo tuvo tiempo para quitársela al mundo entero.

Salicetti, el acusador, no tardó en unirse al acusado; pero Bonaparte nunca se fió de su antiguo enemigo. Algun tiempo después escribia al general Dumas: «Que permanezca en Nápoles (Salicetti); allí debe hallarse muy bien. Ha contenido á los tazzaroni: no lo extraño: les ha metido miedo: es aun peor que ellos. Tenga entendido que yo no tengo poder suficiente para defender del desprecio y de la indignacion pública á los miserables que han votado la muerte de Luis XVI (1).»

Bonaparte corrió á París. Se alojó en la calle del Mail, la misma en que yo paré al llegar de Bretaña con Mad. Rosa. Burienné se le reunió, así como tambien Murat, sospechoso de terrorista, habiendo abandonado su guarnicion de Abbeville. El gobierno trató de transformar á Napoleon en general de brigada de infantería, y quiso enviarle á la Vandée; este renunció semejante honor, pretextando que no queria cambiar de arma. El comité de salvacion pública entonces borró al renunciante de la lista de los oficiales generales en activo servicio. Uno de los firmantes de este

(1) Recuerdos del teniente general conde Dumas, t. II, p. 517.

acuerdo es Cambaceres, que llegó á ser el segundo personaje del imperio.

Napoleon, resentido de tantas persecuciones, pensó en emigrar; pero Voiney se lo impidió. Si hubiese llevado á cabo su pensamiento, la corte fugitiva le hubiera olvidado; por otra parte no habia allí una corona de que apoderarse: hubiera yo tenido entonces un compañero ilustre, coloso derribado á mi lado en el destierro.

Abandonada la idea de la emigracion, Bonaparte se volvió hácia el Oriente, que congeniaba doblemente con él por su despotismo y por su esplendor. Ocupóse en redactar una memoria, ofreciendo su espada al Gran señor: la inaccion y la oscuridad eran mortales para él.—«Yo seria útil á mi país, decia, si pudiera hacer que el poder de los turcos fuese temido de la Europa.» El gobierno, segun dicen, no respondió á las palabras de un loco.

Engañado en sus diversos proyectos, creció el despecho de Napoleon: era poco accesible á la proteccion, y aceptaba mal los servicios que se le hacian, del mismo modo que se resentia por haber sido educado á costa de la munificencia real. Envidiaba á todos los que eran mas favorecidos que él por la fortuna: en el alma del hombre, para quien iban á agotarse los tesoros de las naciones; se podian sorprender los movimientos del odio que los comunistas y proletarios manifiestan hoy contra los ricos. Cuando se participa de los sufrimientos del pobre, se experimenta el sentimiento de la desigualdad social: así que se sube en coche se desprecia á los que van á pié. Bonaparte odiaba con especialidad á los *muscadins* y á los *incroyables*, elegantes fatuos de la época que llevaban el pelo peinado á la moda de las cabezas cortadas, y se complacia en amargar su dicha. Trabajó amistad con Batiste el mayor, é hizo conocimiento con Talma. La familia de Bonaparte profesaba mucha aficion al teatro, y la ociosidad condujo muchas veces á Napoleon á los espectáculos.

Cualesquiera que sean los esfuerzos de la democracia para regenerar sus costumbres por el grande objeto que se propone, sus hábitos relajan sus costumbres: tiene el triste sentimiento de esta impotencia. Creyendo hacerla olvidar, vertió en la revolucion torrentes de sangre: inútil remedio, porque no pudo acabar con todo, y al cabo se halló cara á cara con la insolencia de los cadáveres. La necesidad de tener que pasar por las cosas pequeñas da á la vida algo de comun; un pensamiento extraño es preciso expresarlo en un lenguaje vulgar; el genio se ve aprisionado en los estrechos límites de un dialecto lo mismo que en la aristocracia gastada los sentimientos innobles se ven encerrados en nobles palabras. Cuando se pretende excusar cierto lado débil de Napoleon con ejemplos sacados de la antigüedad, nos encontramos únicamente con el hijo de Agripina; y sin embargo, las legiones adoraron en el esposo de Octavia, y el imperio romano se estremecía en su recuerdo.

Bonaparte volvió á encontrarse en París con Mlle. de Fermont-Connene, la que casó con Junot, á quien Napoleon conoció y con quien contrajo amistad en el Mediodía.

«En esta época de su vida, dice la duquesa de Abrantes, Napoleon era feo. Mas adelante se obró en él un cambio total. Prescindo del prestigio que le daba la aureola de su gloria; hablo tan solo del cambio físico que en él se verificó en el espacio de siete años. El que era descarnado, pálido y de un aspecto hasta enfermizo, se cubrió de carnes, mejoró de color y se embelleció. Sus facciones angulosas y puntiagudas se redondearon; su mirada y su sonrisa no se alteraron, siendo siempre admirables: toda su persona sufrió un cambio. Su peinado, que hoy tanto nos choca en los grabados del paso del puente de Arcola, era entonces

muy sencillo, porque esos mismos *muscadins* que tanto le desagradaban tenian el pelo aun mas largo; pero su tez estaba tan amarilla en aquella época y luego cuidaba tan poco de su compostura, que sus cabellos, despreciados y mal empolvados, le daban un aspecto desagradable. Sus pequeñas manos han sufrido tambien una metamorfosis; en aquella época eran delgadas, largas y muy morenas. Sabido es hasta qué punto llegó después su vanidad por ellas, y con justa razon. En fin, cuando me represento á Napoleon entrando en 1795 en el patio del hotel de la *Tranquillité*, calle de las Filles-Saint-Thomas; atravesándole con un paso desgarrado é incierto; llevando un mal sombrero encajado hasta las cejas y dejando escapar sus orejas de perro mal empolvadas y cayendo sobre el cuello de aquella levita gris, que fue después una bandera tan gloriosa, al menos como el penacho blanco de Enrique IV; sin guantes, porque los creia un gasto inútil; con unas botas mal hechas y sucias, y con aquel conjunto desagradable, resultado de su delgadez y de su colorido; en fin, cuando evoco su recuerdo de aquella época, y lo miro después, no puedo ver en él al mismo hombre en estos dos retratos.»

#### JORNADAS DEL VENDIMIARIO.

No todo concluyó con la muerte de Robespierre; las cárceles no se abrian sino muy lentamente: la vesperra del día en que el tribuno espirante fue conducido al patíbulo, fueron inmoladas ochenta víctimas: ¡tan bien organizados se hallaban los asesinos! ¡Con tanto orden y obediencia procedia la muerte! Los dos verdugos *Sanson* fueron encausados; pero mas felices que *Rousseau*, ejecutor de Tarif con el duque de Mayenne, fueron perdonados; pero la sangre de Luis XVI los habia lavado.

Libres ya los acusados, no sabian en qué emplear su vida, ni los jacobinos desocupados en qué entretener su tiempo: de lo que nacieron los bailes y el echar de menos el terror. Solo línea á línea y con mucho trabajo se les hacia perder terreno á los convencionales para arrancarles la administracion de justicia: no querian ellos dejar escapar el crimen, temiendo perder el poder. Por fin fue abolido el tribunal revolucionario.

Andrés Dumont habia hecho la proposicion de que se persiguiese á los secuaces de Robespierre; la Convencion, arrastrada á su pesar, decretó, fundada en una comunicacion de Saladin, que habia lugar para poner presos á Barrere, Villaud de Varennes y á Collet de Herbois, los dos últimos amigos de Robespierre, y que sin embargo habian contribuido á su caída. Carrier, Fouquier-Tinville y José Lebon fueron tambien juzgados. Se descubrieron atentados y crímenes inauditos, y en especial los *matrimonios republicanos* y el haber sido ahogados en Nantes seiscientos niños. Las secciones, entre las que se hallaban divididos los guardias nacionales, acusaban á la Convencion de los males pasados, y temian verlos renacer. La sociedad de los jacobinos luchaba aun sin querer retroceder ante la muerte. Legendre, tan violento en otro tiempo, y vuelto á la humanidad, habia entrado en el comité de seguridad pública. La noche misma del suplicio de Robespierre habia cerrado él la madriguera; pero ocho dias después los jacobinos llegaron á restablecerse bajo el nombre de jacobinos *regenerados*, entre los que volvieron á aparecer las costureras. Freron publicaba su periódico resuscitado. *El Orador del pueblo*, y sin dejar de aplaudir la caída de Robespierre, se hacia partido en la Convencion. El busto de Marat permanecia aun expuesto, y los diversos comités existian cambiados únicamente de formas.

Un frio riguroso, y un hambre cruel, unidos á los sufrimientos políticos, complicaban mas aun la cala-

mitosa situacion; recorrían las calles grupos de personas armadas, entre los que iban muchas mujeres gritando: ¡pan! ¡pan! Finalmente, el 20 de mayo de 1795 fueron forzadas las puertas de la Convencion, asesinado Feraud, y su cabeza colocada sobre la mesa del presidente. Cítase con asombro la impasibilidad estóica de Boissy d'Anglas: desgraciado del que hubiera tratado de inculpar un acto de virtud.

Aquella vegetacion revolucionaria brotaba vigorosamente de la capa de escombros regados con sangre humana que le servia de base. Rossignol, Huchet, Grignon, Moisés Bayle, Amar, Choudieu, Heute, Granet, Leonardo Bourdon, todos los que se habian distinguido por sus excesos, se hallaban apostados entre las barreras; y entre tanto nuestro nombre se engrandecía por fuera. Cuando la opinion pública se levantaba contra los convencionalistas, nuestros triunfos en el extranjero acallaban los públicos clamores. Habia entonces dos Francias: una horrorosa en el interior, la otra admirable en el exterior; oponiase la gloria á nuestros crímenes, á la manera que Bonaparte la oponia á nuestras libertades. Siempre nosotros hemos encontrado un escollo en nuestras victorias.

Es digno de notarse el anacronismo que se comete atribuyendo nuestros triunfos á nuestros crímenes; aquellos fueron obtenidos antes y después del reinado del terror; por lo tanto este no entró por nada en la gloria en nuestras armas. Pero estos triunfos tuvieron un inconveniente; el de ceñir una aureola alrededor de las cabezas revolucionarias. Creyóse, sin examinar las fechas, que esta aureola les pertenecia, y la toma de Holanda y el paso del Rhin se creyeron ser conquistas del hacha y no de la espada. En medio de esta confusion, no se acertaba á hallar un medio por el que pudiese la Francia librarse de los obstáculos que, á pesar de la catástrofe de los primeros culpables, continuaban oponiéndosela: y sin embargo, en ella se hallaba el libertador.

Bonaparte habia conservado la mayor y la peor parte de los amigos con que se habia relacionado en el Mediodía; lo mismo que él, estos amigos se habian refugiado en la capital. Salicetti, que siguió siendo muy influyente por medio de la fraternidad jacobina, se unió á Napoleon: Freron, deseando casarse con Paulina Bonaparte (la princesa Borghese), daba tambien su apoyo al jóven general.

Extraño á las contiendas del foro y de la tribuna, Bonaparte se paseaba por las tardes en el Jardin de Plantas con Junot. Este le contaba su pasion hácia Paulina, y Napoleon le confiaba su inclinacion hácia Mad. de Beauharnais: la incubacion de los sucesos iba á dar á conocer á un grande hombre. Mad. de Beauharnais tenia amistad con Barras, y es muy probable que estas relaciones auxiliaron los recuerdos del comisario de la Convencion cuando tuvieron lugar las jornadas decisivas.

#### CONTINUACION.

La libertad de la prensa, momentáneamente restablecida, trabajaba en sentido liberal; como los demócratas no habian jamás apoyado esta libertad, que atacaba sus errores, la acusaban de realista. El abate Morellet y Laharpe publicaban folletos, á los que se unian los del español Marchena, sabio inmundito y aborto lleno de ingenio. Los jóvenes llevaban levitas grises con vueltas y con cuello negro, que eran reputadas como uniforme de los *chouans* (1). La reunion de la nueva legislatura era el pretexto para la reunion

(1) Dábase este nombre á los partidarios de la causa real no organizados en tropas regulares. Está tomado del de los cuatro hermanos Cottéreau, contrabandistas, que se llamaron *chouans* por reunirse al grito del mochuelo (*chouette*), que se decian partidarios de Luis XVIII.